

# El desapercibido

Antonio Cabrera

## ÍNDICE

EL DESAPERCIBIDO, 9
ANTES, 10
TACTO, I, 12
RECORDATORIO, 13
VOCES DE ESTE MUNDO, 14
OLER EL CUERO, 16
LUZ AMORTIGUADA, 17
SEDIMENTOS, 19
CAUDAL Y ORILLA, 21
SOBRECARGA, 22
GÉMINIS, 23
LA LUZ DEL NÍSCALO, 25
GRAN FELICIDAD, 26
SOBRE LA NOCHE, I, 27
SÍLEX ELEGÍACO, 29
EL VIGILANTE DEL MUSEO (POEMA EN RENGLONES), 30
HABLA EL CALLADO, 31
O ESO ME PARECE, 34
YA CANTA EL MIRLO, 36
EL TRASTERO, 38
HIDROLOGÍA DEL YO, 40
ANTES DEL HORIZONTE, 41
BASHO, 43
APENAS, 44
SOBRE LA NOCHE, II, 45

SIN CONSIDERACIÓN,	46
VERANO EN CASA,	47
NINGUNA TONTERÍA,	49
MÁS QUE BIEN,	51
GREGUERÍAS DE AGOSTO,	52
PRE-HIPPIE,	54
VOLUNTAD VIAJERA,	55
CASOS DE ACÚSTICA LÍRICA,	56
TACTO, II,	58
LA URRACA EN LA PUNTA DEL CIPRÉS,	59
LAPSUS DE VANIDAD,	61
DUNAS,	62
HACIA EL PASADO,	65
LLAMARSE SAPIENS,	67
UN KOAN,	68
DIVAGACIÓN PARA EL DÍA DE TODOS LOS SANTOS,	69
MANOTAZO,	72
LUZDIVINA,	73
AUTOBALADA DE UN HOMBRE DELGADO,	78
SOBRE LA NOCHE, III,	79
SEÑALES,	81
TEORÍA DE LOS ANDENES,	82
SUENA EL CONCEPTO,	84
TACTO, III,	85
GRACIAS A LA VESPA,	86
LA INMOVILIDAD DEL ÁRBOL,	88
ARTÍCULO IGUAL A DEMOSTRATIVO,	89
VIDES DE BOBAL,	90
LIBÉLULA,	92
REGRESO DE PALABRAS,	93
NO VOLAR, SINO VER VOLAR,	95
AIRE TIRANTE,	97
CANETTI, DELFOS, PÍNDARO, SÉNECA,	98

PIES FRÍOS,	99
CASCARRABIAS,	101
OBJECIONES A LA TORMENTA,	102
MÁS TRIVIAL,	103
PREGÓN DE MUERTOS,	105
IDIOT WIND,	107
LO QUE PUEDO DECIR DE LAS OROPÉNDOLAS,	108
SOBRE LA NOCHE, IV,	110
SIN ESCAPATORIA (MICROCuento),	112
FUEGO CANSADO,	113
NATURALISTAS,	114
EL POEMA MISMO,	116
HACIA LA FRASE FINAL,	117
MINUTOS INAUGURALES,	119
ÓSMOSIS,	121
TACTO, Y IV,	123
UNOS ARBUSTOS,	124
LAS MANOS LIMPIAS,	126
BONDAD DE LA FÓRMULA,	128
LAS POSTURAS DEL SUEÑO,	129
ASTENIA,	131
TAMBORILEO,	134
LA CICATRIZACIÓN DE LAS CICATRICES,	135
¿MÁS?,	137
LADRIDOS ONTOLÓGICOS,	138
LLENO Y VACÍO,	140
ADIÓS, BOMBILLA,	141
FACILIDAD DE LA POESÍA,	143
EL ARMIÑO DE LA DAMA,	145
NOS SALVAMOS,	146
NOVIEMBRE, DICIEMBRE: SEIS DE LA TARDE,	147
LINTERNA,	149
SOBRE LA NOCHE, Y V,	150

TITUBEO, 152  
EN LO SUYO, 154  
PEQUEÑO ENCOMIO DEL COLOR GRANATE, 156  
INATENDIBLES, 158  
CONSEGUIR, 160

## EL DESAPERCIBIDO

SI ESTAMOS AQUÍ, EN la vida, será para que se note. Después de tanto esfuerzo puesto en su trabajo con nuestra especie, no es mucho pedir que a la evolución se la compense al menos con el logro de hacer palmaria la presencia de cada individuo. No hablo de protagonismo, hablo de constatación. Que mi presencia sea notada, y la tuya, y la de aquel. No hace falta que los focos nos apunten. Bastará con que una luz general nos ponga bajo su atención y haga posible la entidad suficiente de cada uno. *Vivos* y *vistos* deberían ser términos sinónimos; y su sinonimia, una evidencia. No sucede así. Existe el desapercibido. No se sabe si por azar o por desig-nio, siempre hay alguien que nadie ve, que nadie tiene en cuenta aun estando aquí o ahí, cerca. Ese que pasa por detrás de nosotros mientras miramos algo. El que en un acto social no merece si-quiera el interés breve que despiertan los desconocidos. El que en una multitud es tapado por la multitud. Quien queda olvidado de inmediato como olvidamos el coche que pasa por la calle. O aquel de quien ni tan solo llegamos a saber que fue aquel. Son maneras de pasar desapercibido, de ser el desapercibido. Palpita en todas ellas un corazón secreto pero común, una verdad que cuesta reco-nocer y comprender y aceptar en su entera consecuencia: cada uno de nosotros es ese desapercibido, el no notado. A todos nos toca ser a menudo *no vistos* y, por eso, todos llegamos a estar en tantas ocasiones *no vivos*. Esto es lógico, tremendo, inquietante.

## ANTES

LA TRAMPOSA GRAMÁTICA, TAN necesaria —tanto que es otra capa inevitable de la cebolla en que consistimos—, se reserva un par de adverbios con cuyo efecto aturdirnos o entretenernos. Dentro del presente que fluye hay cosas que ocurren *antes* y cosas que ocurren *después*. A menudo me descubro fascinado por un evento que se desarrolla justo antes de lo que viene a continuación de él. Esto es, me asombran ciertas situaciones anteriores. También, claro, me sorprenden muchas cosas sobrevenidas, pero, por una obvia cuestión de orden, las dejaré ahora a un lado y aludiré antes a las que van primero.

Por ejemplo, contamos con el antes de leer un libro apetecible. No siempre se da el caso, pero basta la conjunción de elementos en general azarosos, como un autor aún no leído del que se tienen buenos informes, quizá otro autor bien conocido y por ello deseable, un tema atractivo o la firmeza de una intuición, para que se construya la expectativa de lectura grata, imperiosa en numerosas ocasiones. Por lo que a mí respecta, inmerso en la sensación de prefacio a un disfrute prometido, suelo entregarme al tanteo y a las catas. Leo una frase, un párrafo tal vez, del comienzo o del final, o del ecuador de la obra. De este modo, calibre, degusto, capto el aroma del alimento que me espera en el después de estar leyendo por fin. Este antes de leer administra por sí mismo una dosis muy alta de satisfacción. A ciertos lectores compulsivos los abisma en la perversa conducta consistente en no llegar a leer

## TACTO, I

CREO QUE NO REPARAMOS lo suficiente ni como es debido en el tacto, en la experiencia del tacto, porcentaje altísimo del ciento total de nuestra experiencia. Téngase en cuenta que no hay otro sentido cuyo testimonio suponga un antídoto mejor contra el solipsismo. La vista inventa, el gusto y el olfato carecen de criterio, el oído se ilusiona. Solo el tacto, que contacta, es decir, que llega de verdad hasta el mundo en vez de limitarse a permanecer en medio de él, corrobora que ahí hay con seguridad algo.

(Y sin embargo, me arrepiento entre paréntesis de lo que acabo de decir, pues ni siquiera por el tacto se menoscaba el solipsismo, esa argumentación invulnerable, monstruo que sin duda podemos olvidar aun siendo como es criatura de nuestra razón, pero al que siempre acorazarán escamas de diamante lógico).

## RECORDATORIO

EN DÍAS VENTOSOS NO soporto cómo ulula el viento en las ventanas cuando, mal cerradas, queda en ellas una rendija. Corro a cerrarlas bien para que se silencie esa voz oscurísima. Esta conducta del viento en nuestra propia casa hace un recordatorio indefinido y a la vez muy preciso de todo lo que no queremos en nosotros y, no obstante, nos acecha. Casa invadida por el viento, mala cosa. Porque viento no somos. Seremos.

## VOCES DE ESTE MUNDO

CUANDO ERA MUY JOVEN padecí accesos de una enfermedad voluntaria, de un sarampión que afecta al alma equivocada y engréda: quería estar solo. Veía un resplandor de luz particular en la ausencia de gente. Suponía que el tiempo ocupado en exclusiva por mí —anulada toda manifestación de los otros y libre de intromisiones— ganaba una consistencia de fluido lento a través del cual yo transitaba hacia un yo más hondo. Padecía este trastorno de la comprensión con el agravante de que lo confundía con una visión general de las cosas. El mundo me parecía mejor si se juntaban su soledad y la mía.

Pasados los años, no puedo decir que mi opinión acerca de la soledad y su conveniencia haya cambiado radicalmente. No creo haberme convertido, bien lo sé, en un individuo expansivo. Lejos de mí ha estado y está cualquier intensidad en la vivencia de la filantropía. A menudo, todavía sigo estimando excesiva la presencia humana en mi exterior. Huyo de las aglomeraciones. No destaco en las habilidades comunicacionales. Sin embargo, me curé de aquella inocencia que me hacía buscar ocasiones para el aislamiento o que me inculcaba un ridículo desdén por la compañía.

Si rastreo las causas de mi evolución hacia esta clase de sensatez, encuentro una que es sencilla pero, como suele ocurrir cuando lo sencillo actúa, al mismo tiempo ejerce un poder inapelable. Me refiero al hecho de que el deseo de estar solo es uno de los anhelos más difíciles de satisfacer que existen. Por doquier

## OLER EL CUERO

EL CUERO NO HUELE a animal alguno, pero yo acabo asociándolo a los caballos. La razón es sencilla: la guarnicionería relativa a la monta que alguna vez he tenido cerca. Durante mi infancia más remota su aroma estuvo en las sillas, los bocados, las cinchas y demás aperos de cuadra con que trajinaban los guardias civiles del cuartel donde nació. El cuero huele a cosa antigua y agradablemente acre, no a rancio. Lo rancio llama a la podredumbre, y el cuero no tiene nada que ver con lo que va a pudrirse. Lo protege de eso su pasado de piel desposeída un día de toda su humedad vital. Adquirió la nobleza de lo inorgánico útil. Su destino quedó así dignificado y se aseguró el agradecimiento humano.

A los objetos de cuero yo me los llevo en primera intención a la nariz. El cuero no se entrega a la vista, siendo que casi todas las cosas pertenecen a ella. Entra en la visibilidad y sin embargo no existe para ser visible. Se somete a una jerarquía diferente, la del olfato, ante el que se rinde para ser justipreciado. Si el cuero no es olido, se comete un pecado contra el orden sensitivo del mundo, un tipo de falta que no deja mancha a la vista, pero sí la sensación espiritual —aunque escueta, desapacible— de resta, de injusticia, de olvido.